

Los primeros golpes los sintió lejanos, como si hubiera estado soñando. No se movió de la cama, pero cuando los perros empezaron a ladrar, encendió un mechero. El gallo cantó su melodía de media noche, esperó unos instantes y se levantó a atender los golpes que se repetían en la puerta principal.

- ¿ Quién va ?- Preguntó en voz alta, Nadie respondió. Cauteloso sacó el seguro de la puerta, entre la claridad del mechero y la luz de la luna, vio dos siluetas reflejadas en el umbral.

- ¿ Quienes son ?- Interrogó el hombre al ver una mujer empobrecida, y a un muchacho que no pasaba de los veinte años. Ambos con sus rostros cuarteados por el hambre, el cansancio. Los invitó a pasar y sentarse.

- Busco a Ulmen Loi- Contestó la mujer.

- Me digeron que es hombre bueno, y dá trabajo en la cosecha. Yo vengo con mi hijo, es humilde, sabe todo el trabajo del campo, es un buen peón.

- Yo soy Loi, ¿ De dónde vienen tan tarde ?- La mujer rompe en llanto.

- Somos de las islas del sur. En Puerto Varas nos hablaron de Ulmen Loi... Patrón, me tiraron un mal, la Machi dijo que tenía que atravesar siete rios, par^a que el mal se vaya de mi familia. Primero se murió mi marido, luego mi hijo mayor. Cargué al siguiente hijo, que también se moría, ahora está en Puerto Varas recuperándose del mal. Todos murieron sin estar enfermos... Usted sabe de esas cosas...

La mujer toma una punta de su delantal, suena su nariz y limpia sus ojos, el muchacho solo mira el suelo.

(10) - Son los chilotes que llegaron, papá ?

Se escuchó preguntar desde otra habitación. Era una voz clara y juvenil.

- No, hija, vete a dormir. - Respondió el Ulmen y dirigiéndose a la mujer,

- Tengo dos hijas, la que habló es la mayor...

- Y que me responde, Patrón.- El hombre miró la puerta donde se perdía la voz de su hija.

- Está bién, pueden quedarse.

Antes que el sol apareciera tras las montañas, Filomena Santana y su hijo se encontraban en medio del grupo de hombres que segaban el trigo.

Sus manos enrojecidas, su cuerpo mojado en sudor, no eran motivo para descansar. Con la misma fuerza a su lado trabajaba su hijo.

- Madre, pienso que falta poco para que termine la cosecha. ¿Y luego qué haremos... tendremos que volver a vagar ?

La mujer con el dolor reflejado en el rostro endereza su espalda, su mirada se detiene en la casa que se divisa en lo alto.

-Me ofreceré para ayudarlo en la casa. El patrón no tiene mujer... puede que a tí te acepte como mozo. Ahora trabaja, ¿Mira que se acerca su hija!

-Y si no acepta? ... Contestó el muchacho mirando a la jóven que se acercaba hacía ellos.

- Buscaremos otro lugar.. - Murmuró la madre.

- Muday,... les he traído muday.- Los interrumpe la muchacha, mostrándoles una sonrisa y un jarro de muday.

- Lo preparo yo, del mismo trigo que están segando.

La madre y el hijo hicieron gestos de agradecimientos, éste último, en un entorpecido movimiento, resbaló y fue a dar a los pies de la muchacha, ella con la misma sonrisa le tiende una mano, ayudándolo a levantarse.

- Discúlpate con la señorita.- La madre endurece el rostro.

- No se preocupe, el trigo con el rocío se pone resbaloso...

- Discúlpate con la señorita.- Volvió a repetir la madre, pero el muchacho siguió mirándola, sin responder.

La joven se alejó de ellos para continuar ofreciendo muday a los demás trabajadores.

- ¿ Desgraciado !, ¿ Porqué no te disculpastes ? De ella también depende que nos quedemos. Recuerda que es la hija del patrón.

El muchacho arrancó un manojito de trigo de raíz. Sus ojos claros brillaron de rebeldía.

- Ya estoy cansado de hacer todo lo que me mandes, de mirar al suelo para responder, de caminar ... de ser lo que no soy...

-¡Soy tu madre!. Y si te digo que mires al suelo para responder es para sacarte ese maldito orgullo que llevas. Con humildad se pueden lograr las mismas cosas.

- Orgullosa el champurria.- Con ironía se escucha la voz de otro trabajador en medio del trigal.

Se festejó el término de la cosecha con una gran fiesta. Todos los trabajadores sonreían entre la chicha y el asado. Ulmen Loi complacido estrechaba las manos de los chilotos por la buena producción de ese año, todos brindan contentos por el pronto regreso al hogar y haber ganado el pobre sustento para una parte del año.

Pero no todos sentían la misma alegría. Filomena Santana y su hijo tenían rostros de preocupación, en sus pensamientos se anidaba la misma pregunta, ¿Y ahora qué?.

Mientras dos líneas de seres se enfilan para bailar. Lucen las mujeres cintas multicolores en sus trenzas, jóvenes y ancianas llevan polleras negras.

Los hombres con manta, sombrero, ojotas y empapados en tradición acostumbran a cortejar entre el sonido de la trutruca y el cultrun. No faltaba nunca el mapuche que tomaba la guitarra y entonaba una canción huinca.

-¡El bastonero!, ¡ que se elija el bastonero !- Gritan los hombres. Se pone de pie el Hombre más anciano, lleva en sus manos un bastón. El era el encargado de elegir las parejas que bailarían. Primero va donde el hombre y golpea el suelo tres veces, luego se dirige hacia la mujer, realizando el mismo acto; así queda la pareja designada. *así la pareja queda designada.*

Muchas veces el hombre le confidenciaba con que mujer deseaba bailar, para tener la oportunidad de conquistar a la futura compañera.

Filomena Santana, preparaba el mate junto a las demás mujeres que freían sopaipillas, la hija del Ulmen, como las otras jóvenes se dedica a reparar muday y catutos.

Los ancianos, reunidos con los niños al amparo del calor de una fogata, contaban la historia oculta de su pueblo.

Sin embargo, Filomena Santana no había dejado de observar a su hijo, se acerca a él, toma su manos entre las suyas, suavemente le dice:

- Hijo, no mires para allá.- Indica con la mirada la mesa donde el Ulmen se había sentado con su familia.

El muchacho apreta las manos de su madre y las besa, y va directamente hacia el lugar, se saca la manta poniéndola sobre los hombros, le habla a su

patrón.

- Señor, si me permite, deseo bailar con la señorita.

La mirada indignada del mapuche lo paralizó, la joven, sin esperar la respuesta del padre, se dejó guiar hacia la pista. Los que habían estado mirando al escena formaron una rueda.

- ¡ Voy a bailar un valse chilote.-Gritó el bailarín tomando a su pareja por la cintura.

Ulmen Loi, sin moverse de su asiento los observa por debajo del ala del sombrero. Lo que ellos conversaron nadie escuchó. Pero la madre al igual que el Ulmen, vieron en sus ojos algo más que un simple baile. Al finalizar la acompañó hasta la mesa.

- Gracias, patrón.- Por primera vez Ulmen Loi,vió el brillo de esos ojos claros acompañados por una sonrisa de satisfacción.

-¡No soporto la insolencia de un mapuche, mucho menos la de un mestizo!

Exlama a la cara del muchacho el Ulmen.

La noche ya había entrado en la mitad cuando los trabajadores empezaron a retirarse. Ulmen Loi, antes de encaminarse a su casa se acercó a Filomena Santana.

- A primera hora, tu champurria y tú se langan de mis tierras.- Lo dijo sin mirarlos.

Tenía el rostro sudado Filomena Santana, cuando el Ulmen se perdió en la noche, quiso llorar, los pájaros nocturnos callaron antes sus gritos.

-¡ Infeliz, desgraciado !, no pensastes en mí !. ¡Por tu culpa tendremos que volver a vagar !.

El muchacho dá media vuelta y encaminó hacia el lugar que le habían designado para alojar.

- Crees que el patrón te dará su hija, él desea otro mapuche para ella y con tierras, ella no se fijará en un pobre diablo como tú.

Su tranco joven camina ausente, llevando en el rostro una mezcla amarga dulce, tras su paso va dejándo una estela de silvido, la misma canción que bailó.

Fue una noche húmeda y callada, ni los perros se escucharon ladrar, Solo el trinar de los pájaros avisaron la llegada del amanecer.

Como cada mañana Ulmen Loi fue el primero en levantarse y acudir a los dormitorios de sus hijas, para darles los buenos días.

La menor estaba profundamente dormida, y cuando él le arregló el pelo para darle un beso en la mejilla, ni siquiera se movió.

Se encaminó a la otra habitación, la puerta estaba abierta, un sudor frío le cubrió el rostro, al ver que en la cama de su hija nadie se había acostado.

El instinto lo hace correr a la casa de los trabajadores, sus ojos se nublan, la ira de sus manos arrancan del serco un palo.

Filomena Santana al verlo pagó un grito. Sus enrojecidos ojos acusan horas de estar llorando.

-¡ Huinca maldita ! ¿dónde está tu mestizo perro ? -Grita el Ulmen y tomándola del pelo la golpea contra el suelo.

- ¡ Patrón , por el amor de Dios, yo no tengo la culpa ...

Se la robó. Ulmen Loi alzó el palo, relámpagos de recuerdos acudieron a su mente: El rapto de su madre, el que él hizo a su mujer. Retrocedió. Ahora, su hija, siguiendo la tradición se había casado.

Graciela Huinao A.